

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LAS CORTES

Por las circunstancias especialísimas en que se abren estas Cortes del 98, su apertura fué, más que un suceso de los que ya forman parte en la vida habitual de Madrid, una solemnidad que tenía algo de imponente y trágica. Recordábame la de otras Cortes abiertas en críticos momentos, cuando la musa de Núñez de Arce gritaba á España para avisarla de los peligros y alejarla de las insidias de la anarquía y el desorden. Las Cortes de 1873 se abrieron sobre un volcán; las de 1898 se abren sobre un abismo...

Nadie lo diría, sin embargo, al advertir el aspecto del salón del Senado donde se celebró la ceremonia. Tanto cuanto es sombrío y tétrico el rojo salón del Congreso, es el del Senado coquetón y lindo. Su decoración blanco y oro; sus tribunas amplias y bien asociadas; la claridad que generosamente lo ilumina, le prestan una alegría juvenil, que contrasta con la edad proveya y la tendencia irresistible al sueño de la mayoría de los respetables abuelos de la patria. Suponed que en este recinto ya parecido á una sala de baile se agolpa un concurso, más que brillante, rebrillador: los hombres de frac ó de gran uniforme, recargados de condecoraciones y bandas, las mujeres vestidas de seda y terciopelo, con los trajes bordados de lentejuelas y guarnecidos de encaje, y los sombreros, los atrevidos y arrogantes sombreros que prescribe la moda actual, ladeados y empenachados de plumaje de colores, remediando una bandada de aves exóticas, que ya volase sobre los escaños, ya se posase en las tribunas. Imaginad la del cuerpo diplomático, llena de damas que recogen al brazo su manto de corte y cuya frente se corona de círculos de pedrería; pensad en la nota chillona y decorativa del disfraz medioeval de los maceros, y figuraos la entrada de la corte, con más colores, más sedas, más diademas de brillantes, más ondular de plumas, la nube del encaje de los velos que cae sobre la inmensa cauda del traje de ceremonia; comprended que esta multitud empavesada y engalanada charla, ríe, discute por lo bajo, cruza bromas y dichos ingeniosos..., y tendréis una idea de lo que era el salón del Senado momentos antes de que la reina, con voz débil y dolorida, empezase la lectura del discurso de la Corona, discurso breve como una queja, conciso con la terrible concisión de los momentos únicos de la historia de un pueblo...

**

Es de advertir que, siguiendo una costumbre veterana, al repartir las papeletas de convite para la sesión regia, se había dado un número veinte veces mayor del que podría caber en las tribunas, colocándose muy apretada la gente. Hubo papeletas para «el todo Madrid elegante» (Dios nos perdone el galicismo), y como el *todo Madrid* no coge, ni prensado como las sardinas, en las tribunas, el *todo Madrid* no quiso renunciar al derecho, adquirido con la papeleta, de presenciar la ceremonia, y las señoras, no

impetuosamente, sino deslizándose, invadieron el salón y privaron de sus escaños á los senadores. ¿Cómo tomaron éstos la invasión femenina? No puedo creer lo que he oído asegurar: que han pensado privar de sueldo por quince días á los porteros que la toleraron. Y no lo puedo creer porque conozco la galantería, la cortesía, la dulzura de carácter del presidente del Senado. Estoy cierta de que veía complacido á las damas ocupando el salón.

Esto de que las señoras, invitadas ya, se juzguen con derecho á ocupar asientos, mientras existan disponibles, sólo les parecerá mal á las gentes de escasa educación — que son, por desgracia, bastantes. — Las que tengan más amabilidad que egoísmo, amén de una leve tintura de espíritu de justicia, cederán siempre el asiento á las damas, por lo menos mientras no se establezca la igualdad de derechos de los dos sexos. Si se le niega á la mujer la opción á la senaduría, no puede ningún senador gruñir porque ocupe su escaño de terciopelo y madera, corto tiempo, una dama: ó justicia seca y equidad absoluta (y yo por mi parte las prefiero), ó galantería y rendimiento, y sombrero en mano. Por faltarnos lo primero, seremos un pueblo atrasado; si también nos faltase lo segundo, nos convertiríamos en un pueblo de cafres.

**

La exactitud de estas observaciones resaltaba más en la sesión regia, porque el primer magistrado de la nación, el ser de cuyos labios iban á salir las palabras que notificasen á la patria la inminencia de un acontecimiento tan magno, el que declaraba la guerra y se identificaba con España al declararla, el que ejercía el poder sumo... ¡era una mujer! Y si esta mujer no tuviese allí el derecho de ocupar el asiento más alto y de encarnar la más elevada jerarquía, no tendría ni el de sentarse en los escaños, á menos que se le otorgase la galantería exquisita de un senador resignado á permanecer en pie tres cuartos de hora.

¡Picante contraste! Una mujer, en nombre de España, declaró la guerra á los Estados Unidos, y en aquel país del feminismo no se les ha ocurrido todavía ser gobernados por una presidenta de la República. ¿Quién es capaz de sospechar lo que ganaríamos nosotros con la presidencia femenina? Las mujeres, en los Estados Unidos como en el resto de Europa, son enemigas de la guerra. No lo son de un modo tímido y especulativo: lo son activamente: han formado en todas partes ligas y asociaciones para la paz y el desarme, y estas asociaciones, de las cuales en un principio se rió y burló la militar Alemania, constituyen hoy un poder, tienen fuerza moral y no han influido poco en que no vuelva á encenderse la lid entre Francia y el pueblo germánico. Francia, por boca de sus más altas inteligencias, declaró no ha mucho que todo se gasta con el tiempo, incluso el odio, y que ya la idea del famoso desquite ó *revanche* carecía del mágico atractivo que pudo tener allá por los años de 1890. En los Estados Unidos, la *Womans' Association*, que en la época de la Exposición Universal me dispensó la honra de invitarme á asistir á sus sesiones ofreciéndome hospedaje, es — ó era entonces, por lo menos — hostil y repulsiva á toda idea de guerra. Y lo son, en los mismos Estados Unidos, muchas personas racionales, afinadas, diferentes de esas brutales turbas que una caricatura de Baltimore representa en figura de aulladores perros. No olvidemos que ha sido una mujer norteamericana la que elevó su voz para declarar honradamente que España no cometía en Cuba tales crueldades, ni mataba de hambre á los reconcentrados, ni ejercitaba tales fantásticos actos de tiranía.

Pero en Norte-América predomina — no hay que dudarlo — y ha vencido en esta ocasión — harto lo sabemos, por desdicha, — el espíritu de rapacidad y de conquista sin reparar en medios, que caracteriza á la raza anglo-sajona y que á duras penas han contrastado á veces ciertos instintos morales que surgen de pronto en el alma del bárbaro. Que los Estados Unidos proceden en esta ocasión como el bandido que despoja al viajero indefenso, cosa es que nadie ignora, y se me figura que nadie seriamente discute. Nuestra situación les envalentona, y osan lo que no osarían si nuestras fuerzas se encontrasen intactas. La calificación de la conducta de los Estados Unidos es fácil y sencilla: proceden como ladrones, y ladrones cobardes, que no gustan de exponer el pellejo sino sobre seguro. Llegan hasta el extremo de que todavía, después de encontrarnos exangües y sin una peseta, no se creen capaces de vengarnos ellos solos y buscan alianzas y ofrecen piltrafas del despojo, reuniéndose con otros fuertes colosos, con otros voraces carniceros, para escupir al Eccehomo de las naciones — que á tal punto consideran reducida á España.

Lo repito: la calificación del hecho es fácil; sólo que no puede servirnos de gran cosa el repetirla. El siglo XIX, que nació mecido por tan generosas ilusiones, bañado por tan resplandeciente aurora de derecho y libertad, termina con la apoteosis de la implacable Fuerza, hecha en el terreno filosófico y poético por Federico Nietzsche, y hecha con los cañones, probablemente á corto plazo, por los Estados Unidos y quién sabe si por Inglaterra también. España será un nuevo ejemplar del titán Prometeo, encadenado á su roca porque Hefestos ó Vulcano disponía de dos agentes que se llamaban *la Fuerza* y *la Violencia*. La lección que se desprende de tales sucesos es que conviene ser fuerte á toda costa. ¿Cómo es fuerte una nación? No sólo por los armamentos, no sólo por tener barcos, no sólo por sostener y movilizar ejércitos numerosos de mar y tierra. Hay naciones que precisamente han marchado á la crisis y á la ruina por ese camino: Italia se cuenta en el número. Las naciones son fuertes cuando desarrollan sus músculos por igual; cuando con su ejército guarda proporción su industria, su comercio, su cultura, su acertada administración y régimen; cuando saben economizar y gastar discreta y oportunamente; cuando disciernen las cuestiones de verdadero y vital interés de las cuestiones baladíes, indignas de que se hable de ellas media hora; cuando se preocupan mucho de la instrucción pública; cuando no asfixian á la producción con tributos y vejámenes; cuando organizan su administración de justicia, y cuando para conseguir todo esto se reponen virilmente contra los abusos que cohonestan la política, y no confían á manos pecadoras el mandato en Cortes, camino de la poltrona ministerial. El fortalecerse es obra colectiva; han de tomar parte en ella todos, desde el más alto hasta el más bajo. Colectivamente nos hemos debilitado, hasta hallarnos inermes frente al problema de esta hora triste y memorable.

Es justo decir que España, en las ocasiones señaladas y excepcionales, está á una altura infinitamente mayor de lo que podía presumirse; á una altura moral que sería envidiable si nuestros enemigos envidiasen y codiciasen algo que no pueda reducirse á valores positivos. Ha demostrado España — colectivamente también, — paciencia, resignación, valor, moderación, hidalguía, desprendimiento y presencia de ánimo. Ni el miedo ni la ira la han perturbado un solo instante. Resuelta y serena, ha puesto el pecho á la adversidad; ha rehuído cometer excesos y atentados so color de patriotismo; se ha mantenido en la esfera del derecho y de la razón, y al paso de Woodford por las calles de Madrid no ha sonado un silbido, ni en la sesión regia atronaron los ámbitos más gritos que los que en cualquier otro momento serían naturales y lógicos. Y esto no es temor ni es abatimiento: las frases que á media voz se cambiaban allí, llevaban el sello de una esperanza inextinguible. Se confiaba en nuestros buques, en el ejército de Cuba, en la defensa de nuestros puertos, en la justicia de nuestra causa, en el instinto de conservación de los mismos rebeldes cubanos; y aquella descuidada alegría, aquella energía peculiar demostrada otras veces, lució también en esta sobre las frentes de los que vieron inaugurar las Cortes del 98, abiertas sobre un abismo...

Yo creía divisar á D. Quijote que se erguía con la aureola de su honor y de su caballerescas altivez, después de haber sido apaleado por yangüeses, apedreado por villanos, derribado por el disfrazado campeón de la Blanca Luna y hollado por las pezuñas de una piara de marranos. No cabe duda, D. Quijote es nuestro eterno símbolo. En él estaremos representados hasta el último día de nuestra historia. Ese loco, en el fondo tan cuerdo y humano, es el gran español.

Enhiesta la lanza, fortalecido el corazón, impávido y resuelto, D. Quijote espera. No sabe cuál será el primer follón ó malandrín con quien tenga que habérselas; pero sea el que sea, encontrará á quien hablar, y no se irá vencedor de balde, si consigue vencer y desazonar al noble hidalgo. ¿Quién afirmaría que éste saldrá ganando con tener que retirarse á su lugarón apacible? Por redimir entuertos y amparar doncellas allende los mares, no es poco lo que Alonso Quijano el bueno ha padecido y gastado de su hacienda y de su limpia sangre. Restañará sus heridas, se aplicará el milagroso bálsamo..., y vivirá más dichoso en un lugar de la Mancha, en el riñón de España, la que ni quiso ser colonia ni acertó á tenerlas... por sobra de idealidad, por exceso de altruismo, por pretender ante todo llevar el Evangelio adonde los yankees sólo llevaron la horca, el rifle y el revólver, y los ingleses el hambre, el aguardiente y el algodón...

EMILIA PARDO BAZÁN